Máquina trabada: por qué la experiencia no reemplaza al bloqueo



Imaginen a la persona más respetada de la planta. Tiene veinticinco años en el oficio, conoce cada máquina por el ruido que hace y nunca fue protagonista de un incidente. Cuando la empresa necesita un supervisor, el nombre sale solo, porque todos confían en su criterio. Ahora imagínenla frente a un rodillo trabado, con la producción apurando y el botón de parada a un paso. Sabe qué corresponde hacer. Lo dice el procedimiento, lo repitió cientos de veces a su gente y está escrito en la etiqueta roja pegada a la máquina. Aun así, estira la mano. **La experiencia no es un escudo: es una herramienta que solo protege cuando se usa.** Lo que pasó después de ese gesto nos puede pasar a cualquiera de nosotros, y por eso vale la pena escucharlo.

¿Por qué se accidenta incluso quien más sabe?

Una máquina con rodillos tiene puntos de atrapamiento: zonas donde dos piezas giran una hacia la otra y arrastran todo lo que se acerque, sean dedos, guantes, mangas o cabello. Cuando una pieza se traba, la situación parece inofensiva porque todo está quieto, pero no lo está. Puede haber un motor conectado que arranque por una orden automática o por un compañero que no sabe que alguien está trabajando ahí. También puede haber tensión acumulada, presión o resortes cargados que se liberan de golpe cuando la pieza se suelta.

El problema es que el cerebro aprende de lo que le sale bien. Si alguien liberó la misma máquina cien veces sin consecuencias, la cabeza concluye que el riesgo es chico. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.** Por eso los más experimentados también necesitan recordatorios. Nadie deja de saber lo esencial de un día para el otro, pero se va olvidando de a poco, y lo que se olvida primero es lo que parece más obvio. La Ley 19.587 y el Decreto 351/79 establecen que el empleador debe capacitar y que cada trabajador debe cumplir las normas de seguridad. Esa capacitación no se agota con un curso de ingreso: se renueva cada vez que nos reunimos a hablar del trabajo real.

El atajo de pocos segundos que cambia una vida

Volvamos a nuestro supervisor. Su máquina se trababa de vez en cuando, y en cada equipo había una etiqueta roja con un mensaje claro: detener la máquina antes de engrasarla, limpiarla o repararla. Un día intentó tirar de la pieza atascada sin desconectarla. Los dedos quedaron entre los rodillos y en pocos segundos la mano quedó destrozada. No hubo forma de salvarla y fue necesario amputarla.

Nunca sabremos qué pensó en ese momento, pero conocemos los errores que suelen estar detrás de una decisión así. Uno es confiar en la propia destreza, creyendo que se llega a sacar la mano a tiempo. Otro es pensar que será solo un segundo. A eso se suma la presión de producir, porque detener, bloquear y volver a arrancar parece una pérdida de tiempo. Y por último está la frase más peligrosa del taller: «siempre lo hice así». Además, ese hombre era la referencia de su equipo. Cuando el que da las instrucciones rompe la regla, cada compañero aprende que la regla es negociable.

Las consecuencias no terminan en la lesión. Una amputación significa dolor, rehabilitación, la posible pérdida del oficio y una familia que cambia de vida. También deja a un equipo que vio todo, una investigación y una planta que se pregunta qué falló. Pero conviene ser claros: esto no fue mala suerte ni un golpe del destino. Fue una decisión, y las decisiones se pueden cambiar. **Los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos.**

Cómo se interviene una máquina trabada, paso a paso

Ahora bien, ¿qué hay que hacer cuando algo se traba? Primero, detener la máquina con su comando de parada. Pero apagarla no alcanza, porque alguien podría volver a ponerla en marcha. Hay que cortar la energía en el seccionador o tablero y colocar un candado personal con una tarjeta que lleve nombre y fecha. Ese es el bloqueo y etiquetado, una práctica que establecen normas internacionales como la OSHA 1910.147 y que se complementa con criterios de la ISO 14118 sobre arranques inesperados. Si trabajan varias personas, cada una coloca su propio candado, y solo quien lo puso puede sacarlo.

Luego hay que eliminar la energía que queda almacenada: aliviar la presión, descargar la tensión de los rodillos y sostener las piezas que puedan caer o moverse. Después, y antes de poner las manos, se comprueba que realmente no hay energía: se intenta arrancar la máquina desde su comando y debe quedar inmóvil. Recién entonces se libera la pieza, usando la herramienta adecuada y evitando meter los dedos entre las partes móviles. Al terminar, se retiran las herramientas, se verifica que nadie esté en la zona, se reponen las protecciones y se desbloquea.

Si un procedimiento resulta tan lento o incómodo que da ganas de saltearlo, esa es una señal para avisar, no para improvisar. Una máquina que se traba seguido necesita una mejora: más resguardos, accesos que no obliguen a meter la mano o un mantenimiento a tiempo. El Decreto 351/79 exige proteger las partes móviles, y reportar lo que falla es una forma de cumplirlo. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.**

Nunca se es demasiado sabio ni demasiado viejo para aprender

Todos conocemos el dicho de que nunca se es demasiado viejo para aprender. Hoy conviene ampliarlo: tampoco se es demasiado sabio. Quien cree que ya no necesita escuchar nada sobre seguridad es justamente quien más expuesto está. Las reuniones de seguridad no existen porque dudemos de lo que sabemos, sino porque sabemos que se olvida, y recordar a tiempo ha evitado más lesiones graves de las que se pueden contar.

Aprender también es cuidarse entre todos. Si ese supervisor hubiera trabajado en un equipo donde se habla de seguridad a diario y cualquiera puede decir «pará, esto no se toca así», tal vez alguien le habría frenado la mano. Para eso sirve hablar, preguntar y corregirse sin vergüenza. Además, se trabaja mejor cuando se llega descansado, atento y con la cabeza en lo que se está haciendo, porque la distracción y el cansancio abren la puerta a las malas decisiones.

La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos, sino en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Hoy, cuando algo se trabe en su puesto, recuerden que ninguna pieza vale una mano y que parar, bloquear y verificar es lo que hace un profesional.